

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Comentarios sobre los artículos acerca de la historia de la medicina chilena

Dr. Ricardo Couyoumdjan
Profesor del Instituto de Historia
Miembro de la Academia de la Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

En primer lugar quiero agradecer la invitación del Dr. Chuaqui para comentar algunos artículos de este número 4 de *Ars Medica*.

Al revisar este ejemplar, no puedo menos que felicitar a la Facultad de Medicina por la publicación de esta revista de Estudios Médico Humanísticos, la que trasciende el campo de la especialidad. Tal como lo señalara el Dr. Chuaqui en estas mismas páginas, ella es un reflejo del propósito de esta comunidad de académicos de desarrollar el cultivo de las humanidades. Este interés de los médicos por las disciplinas del espíritu no es una cosa nueva. Por el contrario, y como ustedes bien saben, hay una larga tradición en este sentido, tanto en Europa como en nuestro país. A modo de ejemplo, quiero comentar muy brevemente el caso de la historiografía médica chilena, que es el tema que nos ocupa hoy.

Ha transcurrido casi un siglo desde que se publicara en Talca (1904) la *Historia General de la Medicina en Chile* del Dr. Pedro Lautaro Ferrer, cuyo primer y único tomo cubre desde la llegada de los españoles hasta la refundación de la Universidad de Chile en 1843. El Dr. Ferrer no continuó su historia, pero su trabajo abrió una senda.

En efecto, la investigación histórico-médica ha tenido en Chile muchos continuadores. De entre ellos destaca el Dr. Enrique Laval Manrique, autor de numerosos estudios sobre hospitales, anatomía, biografías de médicos y otros temas conexos, los cuales fueron publicados a partir de la década de 1930. Además de sus investigaciones, el Dr. Laval fundó los *Anales Chilenos de Historia de la Medicina*, donde aparecieron muchos de los estudios más importantes en la especialidad.

El doctor Laval fue la principal figura en este campo disciplinario durante el segundo tercio del siglo XX. Es más, me atrevería a decir, con el perdón de los historiadores presentes, que hasta los años de 1990 la historia de la medicina en Chile fue cultivada solo, o casi exclusivamente, por médicos. Es posible que ello se debiera a la idea de que era necesario saber de medicina para entender con propiedad los aspectos técnicos planteados en el curso de la investigación.

La situación ha ido cambiando en el último tiempo. Esto se debe a la explosión que han experimentado los estudios históricos, y el interés de los historiadores profesionales, por así llamarlos, de adentrarse en nuevos campos de estudio y aplicar nuevos métodos y perspectivas.

El ejemplo está precisamente en el caso de los 2 artículos que paso a comentar: uno escrito por Isidro Huete Lira, profesor de la Escuela de Medicina, y el otro por el profesor Juan Eduardo Vargas Cariola, del Instituto de Historia.

El trabajo del Dr. Huete sobre ‘La medicina militar chilena durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)’ es una obra de síntesis que parece resumir una investigación documentada de mayor envergadura. Uno de los aspectos de su trabajo, que más me llamó la atención, es la forma como relaciona los avances generales de la medicina con lo que sucedió en las campañas militares. Así, por ejemplo, nos advierte que el éter y el cloroformo eran de uso común como medio de anestesia, lo cual revolucionó la cirugía militar en materia de amputaciones. Señala, asimismo, que las técnicas de antisepsia habían sido utilizadas con éxito en la Guerra Franco-Prusiana de 1870. Pero también observa de paso que la cirugía antiséptica fue iniciada en Chile por el Dr. Manuel Barros Borgoño que venía llegando de París cuando se hizo cargo del hospital de sangre de Santiago en 1879, precisamente en el año de inicio de la Guerra. Si a ello agregamos sus noticias sobre la falta de medicamentos y vendajes en las ambulancias y hospitales de campaña, el lector se forma la idea que estos avances no llegaron a la retaguardia de los campos de batalla.

Los servicios sanitarios del Ejército, al igual que toda la organización militar de la Guerra del Pacífico, fueron producto de la improvisación. El Dr. Huete nos relata cómo se organizó el primer cuerpo médico: con un profesor de clínica quirúrgica de la Universidad que se dirigió al norte acompañado por un grupo de sus alumnos. Las reestructuraciones del servicio médico a fines de 1879 y nuevamente en 1882 reflejan la preocupación oficial por la materia, pero también dan a entender que las cosas en el terreno no marchaban como debían. Por lo demás, así lo demuestra el autor: los cuerpos de ambulancia dispuestos para las unidades militares quedaban rezagados por falta de transporte; los heridos permanecían por horas sin atención, la que solo se realizaba después que había terminado el combate. Me guardo las anécdotas sobre lo sucedido en Tacna y Arica, para que ustedes las lean en este interesante trabajo.

Además de los heridos en la guerra estaban las epidemias, cuyas víctimas ocupaban tantas o más camas que las bajas en los combates. Hubo intentos por hacer frente a esta situación, pero, como nos advierte el Dr. Huete, había enfermedades como los males venéreos que eran endémicos tanto a los ejércitos como la población general, y otras como la malaria, que la medicina aún no había derrotado.

En general, se aprecia la insuficiencia de los medios. Las ambulancias estaban calculadas para atender a un 10% de los efectivos en campaña, esto es suponiendo que estuvieran con dotación plena. En la práctica, el número de bajas y de enfermos era el doble. No sorprende, pues, cuando el autor nos entrega testimonios de hospitales atochados y locales improvisados, falta de insumos médicos y demás.

Sin embargo, y junto a lo anterior, el autor aprecia la baja prioridad asignada por las autoridades militares de la época al cuerpo médico. Como nos advierte el Dr. Huete, el servicio de sanidad militar del Ejército se creó recién en 1889; fue 9 años más tarde que se impartió el primer curso de medicina militar en la Escuela de Medicina y solo en 1912 los médicos del Ejército fueron asimilados a la planta de oficiales.

Estas reformas obedecen a la modernización del Ejército siguiendo el modelo alemán, y conforme al prestigio que adquiriría la medicina en los países europeos que nos sirven como paradigma, a medida que progresaba la disciplina y se afianzaban sus fundamentos científicos.

La idea del médico como un científico sabio es precisamente uno de los temas que desarrolla Juan Eduardo Vargas en su investigación titulada ‘Rasgos de la autoimagen social y profesional de los médicos (1872-1925)’.

La pregunta del profesor Vargas podría formularse así: ¿cómo se ven los médicos a sí mismos? O precisando más: ¿cuáles son los rasgos distintivos de su identidad social y profesional? Por el método empleado, esta investigación se enmarca en el ámbito de la historia de las mentalidades, antes que en la historia de la medicina. Sin embargo, estimo que la respuesta a estas preguntas es un elemento necesario para entender el desarrollo de la profesión médica en Chile y el influjo que adquieren sus opiniones en el diseño y aplicación de las políticas de salud pública.

Es difícil para un historiador entrar en el campo de las motivaciones humanas, porque los testimonios escritos y orales no necesariamente reflejan las verdaderas intenciones del actuar de las personas. El profesor Vargas está consciente del problema y nos lo advierte a cada paso. Sin embargo, su cuidadoso análisis de las fuentes le permite determinar los valores con que se identificaban los médicos de la segunda mitad del siglo XIX. Los rasgos distintivos de un médico debían ser los de un hombre sobrio que no buscaba ni el dinero ni el poder político. Su vocación se orientaba al trabajo y al estudio. Sus lecturas, destinadas al cultivo de la inteligencia, debían incluir: la historia, la filosofía y la literatura, además de las propias del campo profesional. El modelo de vida del médico era una suerte de *ora et labora* o, para tomar la expresión de Sol Serrano que repite el autor, era ‘la versión laica y científica del sacerdote’. El altruismo y humanidad del médico se manifestaba en su disposición para atender a un paciente a cualquiera hora, para recorrer largas distancias a fin de visitarlo; se reflejaba también en su compasión por el dolor ajeno y en su generosidad para curar a los pobres en forma gratuita. Estos rasgos, ‘más propios de un sacerdote que de un profesional liberal’, no eran un ideal abstracto. Eran los que habían caracterizado a una generación de médicos fundadores, por así llamarlos (Nataniel Cox, Vicente Izquierdo, o Jorge Petit). Y también eran los valores que debían marcar también a las nuevas generaciones de profesionales de la medicina.

El profesor Vargas demuestra que los médicos del siglo XIX formaban parte de esa nueva clase media que se perfilaba cada vez con mas fuerza y nitidez en la sociedad chilena. Algunos de los valores que sustentaban el *éthos* de los médicos podían ser comunes a otras profesiones liberales, pero había otros que eran propios del oficio de la medicina *Ars Medica*. Sin embargo, la reiteración de estos conceptos por parte de los maestros, y los contrastes que ellos advertían en los contingentes de estudiantes que ingresaban a la Escuela de Medicina en las primeras décadas del siglo XX, hacen pensar que se estaba produciendo un cambio. El autor detecta, entre las nuevas generaciones, una aspiración, legítima, por lo demás, a potenciar el ejercicio liberal de la profesión, para llegar a tener una situación económica holgada y ascender en la escala social. Aclara que no se trata de un cambio generalizado, ni mucho menos, pero sí el influjo de nuevas tendencias que permeaban por entonces a la sociedad chilena entera.

Sin embargo, lo más interesante —a mi juicio— no son los cambios de mentalidad que se advierten entre las nuevas promociones de estudiantes, sino el propósito de los profesores universitarios de conservar los antiguos valores que debían caracterizar a los médicos. No sabemos si este propósito, que se manifiesta en algunas iniciativas aquí descritas, se logró materializar. Pero lo que sí queda claro es que la preocupación por ampliar el horizonte intelectual de los médicos, más allá del campo de su disciplina, mantiene su plena vigencia hasta el día de hoy, como lo demuestra esta misma revista *Ars Medica* que hoy se presenta.

Para terminar, quisiera destacar la alta calidad de los trabajos que tuve la oportunidad de leer, más allá de las diferencias metodológicas que existen entre ellos. Menciono esto último como algo positivo. Me parece que esta diversidad de enfoques sobre un mismo tema, unido a un alto rigor intelectual, constituye una de las mejores maneras de acercar a las disciplinas y enriquecer el conocimiento.

Felicito a los autores —Isidro Huete y Juan Eduardo Vargas— por sus respectivos trabajos, e incito a los presentes a la lectura de los mismos.